

DE “EL AUTÉNTICO” A “LA VOZ”: EL PENSAMIENTO DE LA IZQUIERDA PERONISTA ANTES Y DESPUÉS DE LA DICTADURA (1975-1984)

Joaquín Baeza Belda

Universidad de Salamanca, Spain. E-mail: baeza@usal.es

Recibido: 2 Febrero 2009 / Revisado: 7 Marzo 2009 / Aceptado: 17 Marzo 2009 / Publicación Online: 15 Octubre 2009

Resumen: En 1975, en el contexto del conflictivo y cada vez más represivo gobierno de Isabel Perón, la organización armada Montoneros, de la izquierda peronista, decide lanzar un partido político propio, el Partido Peronista Auténtico, con la intención de desarrollar una labor fuera de la clandestinidad. El partido editó además el periódico *El Auténtico*, en el que se expresaban las ideas de este importante segmento de la izquierda peronista. Tras el golpe de 1976 y varios años de dura represión, durante los primeros pasos de la apertura política se creó el diario *La Voz*, en torno al que se reagrupó gran parte de la izquierda peronista superviviente que se desarrollaba a partir de la línea interna Intransigencia y Movilización. Si bien no es posible encontrar una sucesión directa entre ambas publicaciones, las continuidades son evidentes y su comparación permite estudiar los cambios producidos en el ideario y en la cultura política del peronismo y sus sectores de izquierda durante la transición a la democracia.

Palabras Clave: Argentina, democracia, izquierda, Partido Auténtico, peronismo.

INTRODUCCIÓN

En contraste con lo ocurrido anteriormente, la democracia que se inició en 1983 en Argentina ha sobrevivido hasta nuestros días ininterrumpidamente. Entre otros factores, tal hecho conllevó previamente un cambio en la cultura política de los argentinos, que a partir de entonces convalidaron a la democracia como el sistema político más legítimo. Dentro

de esa preocupación general, en este artículo pretendemos acercarnos a la evolución del pensamiento de una porción muy específica del arco político argentino: la izquierda peronista, comparando algunos de sus documentos y escritos en dos momentos muy concretos, justo antes y justo después de la dictadura que asoló el país entre 1976 y 1983.

1. ALGUNAS NOTAS SOBRE LA TRANSICIÓN ARGENTINA

La transición a la democracia argentina que concluyó (al menos en sus aspectos institucionales) con la celebración de elecciones el 30 de octubre de 1983 tuvo un carácter especial al menos en dos sentidos. En primer lugar, porque se trata de un caso que no encaja con comodidad en la tradicional clasificación que brinda la ciencia política entre transiciones pactadas y transiciones por ruptura. No se trató de un ruptura porque, si bien tras la derrota contra Gran Bretaña en la guerra de Malvinas (abril-junio de 1982) y el fracaso de su proyecto político y económico, los militares (que se mantenían en el poder desde el golpe de 1976) se encontraban en un posición sumamente débil, que no les permitía fijar a su voluntad las condiciones de su salida, las fuerzas políticas civiles (que sólo recientemente comenzaban a reorganizarse tras varios años de dura represión) tampoco tenían la fuerza necesaria como para exigir una salida inmediata de los militares¹.

Tampoco se trató de una transición pactada: aunque las Fuerzas Armadas trataron de llegar a lo que llamaban una concertación y realizaron rondas de entrevistas con distintos

dirigentes políticos, la Junta Militar había quedado tan deslegitimada como actor político que los partidos rechazaron la negociación directa por temor a quedar afectados por su desprestigio.

En ese sentido, puede resultar interesante la propuesta del historiador Hugo Quiroga, que entiende la transición argentina como un “pacto postergado”, “un pacto diferido en el tiempo, que no clausura situaciones, sino que las suspende” “y que se conecta con la idea de una transición política incompleta”²; un pacto postergado en cuanto a que se llega al acuerdo mínimo de la celebración de elecciones, dada la imposibilidad de continuar con el Proceso, pero que deja en el tintero aspectos importantes (como el juicio a los militares o el nuevo rumbo económico) puesto que la debilidad de los distintos actores no se pueden resolver en ese momento. La categoría es además funcional para uno de los argumentos que defendemos aquí: que las transiciones a la democracia no terminan en realidad con la celebración de elecciones, sino que son procesos de más larga duración, en los que entran en juego aspectos no sólo institucionales o políticos.

En segundo lugar, la transición argentina de 1983 es especial porque ha sido exitosa, al menos si tenemos en cuenta que el sistema democrático ha sobrevivido sin interrupciones hasta nuestros días³. No es éste un dato menor: la historia política argentina del siglo XX se ha caracterizado por ser extremadamente inestable, ya que en ella se pueden contabilizar hasta seis golpes de estado⁴ y largos periodos de dictadura⁵ y democracia restringida o vigilada por las Fuerzas Armadas. Así, desde 1930 (fecha del primer golpe militar), sólo a partir de 1983 Argentina ha conseguido crear cierta estabilidad política (recordemos que anteriormente ningún presidente había logrado entregar la banda presidencial de modo constitucional a su sucesor) y dotar a la democracia de una legitimidad social de la que nunca antes había gozado.

Estos cambios, como se puede suponer, no se produjeron de un día para otro, sino que fueron producto de un proceso de largos apredizajes, en el que no faltaron contramarchas e itinerarios sinuosos. Asimismo, tampoco el retorno a la democracia fue la vuelta sin más a las condiciones previas al golpe del 24 de marzo de 1976: los siete años de dictadura

cambiaron radicalmente el panorama político, social y económica de la Argentina, así como la configuración de los distintos actores políticos, de sus ideas y objetivos. A partir de estas notas características y retomando el planteamiento de que, más allá de las condiciones socio-económicas, son los actores políticos los encargados con sus acciones de llevar a cabo los procesos de transición⁶, este trabajo pretende una aproximación al conocimiento de qué había cambiado en el pensamiento político de la sociedad argentina tras la dictadura. Por supuesto, explorar un tema tan amplio y complejo está fuera de nuestras pretensiones actuales, por lo que vamos a circunscribirnos a un aspecto muy concreto y quizá algo marginal dentro del proceso de transición, pero que sin embargo ofrece una perspectiva diferente y poco tratada: qué cambia en el pensamiento de la izquierda peronista antes y después del periodo 1976-1983.

2. CONCRETANDO NUESTRA COMPARACIÓN

Si el peronismo fue uno de los actores principales de la vida política argentina desde su aparición en 1945 y lo fue, por supuesto, durante el periodo de transición a la democracia, es obvio que resulta interesante conocer qué pensamiento tenía una de sus líneas más definidas. La elección cuenta en realidad con el problema de la debilidad de esta corriente dentro del justicialismo, ya que su proyecto fue en gran parte derrotado antes de 1976 y fue una de las víctimas de la represión dictatorial, pero ofrece, por el contrario, una serie de notas de interés. Por ejemplo, se trata de un actor que está presente en el malogrado periodo democrático abierto en 1973, por lo que podemos comparar su pensamiento en ambos periodos. Resulta también interesante conocer cómo un grupo con unos objetivos y (en muchas ocasiones) una metodología revolucionaria se adapta a un contexto democrático.

En este punto, el interés sobrepasa las fronteras argentinas y pasa a convertirse en un caso comparable a otros similares en América Latina⁷. Asimismo, nuestra exploración también ofrece algunas perspectivas para conocer una de las grandes sorpresas con las que se inició el nuevo periodo democrático: la derrota del peronismo en las elecciones de 1983⁸.

Sin embargo, dada la complejidad del fenómeno de la izquierda peronista, incluso este acercamiento sería excesivamente amplio. Aunque útil como concepto político y académico, bajo dicho término se englobaba una serie de grupos que compartían una serie de principios y objetivos (básicamente, el cambio revolucionario para llegar a un modelo de sociedad socialista de inspiración peronista), pero en ella se pueden encontrar orígenes muy diversos: figuras históricas provenientes del peronismo clásico como John William Cooke, del marxismo, como las primeras FAR, del sindicalismo combativo o del cristianismo radicalizado, como los fundadores de Montoneros⁹. En el interior de la izquierda peronista se reunían también enfoques políticos diferentes y a veces irreconciliables, especialmente en lo que respecta a su posición respecto a Perón y el resto del movimiento¹⁰.

Dentro de toda esa constelación de variantes y siglas, aquí nos circunscribiremos a dos expresiones muy concretas a la hora de realizar nuestra comparación. Por un lado, para los años 70, tomaremos el caso del Partido Peronista Auténtico (que, por problemas legales, pasó a llamarse Partido Auténtico al poco tiempo), formación patrocinada por la organización armada Montoneros para realizar tareas políticas legales por fuera del Partido Justicialista original. Por otro lado, para los años de la transición de 1983, analizaremos una línea interna del partido peronista conocida como Intransigencia y Movilización.

Dicha comparación, es obvio, ofrece sus puntos débiles. Tanto una como otra fueron expresiones fugaces de la llamada izquierda peronista y tampoco se puede establecer un nexo de continuidad total entre una y otra. Pero comparar ambas experiencias tiene también una justificación que la hace pertinente para el estudio de este periodo de la historia argentina: ambas experiencias adoptaron la forma de partido para su participación en la arena política, lo cual es bastante llamativo para la izquierda peronista de los años 70, que se expresó principalmente desde los movimientos sociales y desde las organizaciones armadas revolucionarias. Compartieron asimismo figuras que militaron en ambas formaciones, especialmente los casos de dirigentes históricos como Andrés Framini. En tercer lugar, ambas formaciones editaron publicaciones propias en las que expresaron su

pensamiento político (*El Auténtico* para el caso del Partido Auténtico y el diario *La Voz* para Intransigencia y Movilización), que conforman fuentes valiosas y poca usadas por la historiografía argentina.

El episodio del Partido Auténtico es un buen ejemplo de la cambiante y contradictoria estrategia de la izquierda peronista en general y de Montoneros (su expresión mayoritaria) en particular durante el tercer gobierno peronista (1973-1976). No es éste el momento de analizar la aparición, aumento y auge de Montoneros a fines de los 60 y principios de los 70, pero sí es importante conocer que gracias al apoyo prestado por Perón¹¹, a factores de carácter internacional¹² y a la contraproducente (para sus propios intereses) represión iniciada por la dictadura de 1966, los grupos de la izquierda peronista (que hasta entonces casi testimoniales) crecieron enormemente, nutridos principalmente por jóvenes que en su mayoría adscribían una ideología revolucionaria. Tras la llegada de la democracia en 1973, que supuso además el fin de la proscripción del peronismo, y el triunfo en las elecciones por parte del justicialismo, la izquierda peronista se sentía uno de los protagonistas principales del éxito y, sobrevalorando su posición dentro del intrincado entramado justicialista y desconociendo las verdaderas intenciones de Perón, exigió una cuota importante de poder en el nuevo gobierno.

Para su desgracia, ocurrió todo lo contrario y 1973 marcó el zenit del apogeo de Montoneros y de la izquierda peronista. Desde el regreso de Perón el 20 de junio de 1973, estos sectores fueron cada vez más desplazados del poder y, especialmente tras la muerte del líder justicialista, en julio de 1974, fueron duramente reprimidos por su propio gobierno¹³.

En ese contexto represivo, Montoneros sorprendió el 6 de septiembre de 1974 con su decisión de ingresar en la clandestinidad y continuar con la lucha armada, argumentando que el gobierno ya no era peronista, que ya no era legítimo al no cumplir con las políticas para las que había sido votado¹⁴.

Pero si el llamado a la clandestinidad había sorprendido a muchos de sus militantes (y lo hizo además de una forma trágica en muchos casos¹⁵), no fue menos sorprendente que, unos

meses más tarde, oficialmente en marzo de 1975, Montoneros alentara la formación de un partido político propio, el ya mencionado Partido Auténtico, para trabajar desde la superficie legal¹⁶. Su trayectoria, sin embargo, fue sumamente breve: se presentó en las elecciones de la provincia de Misiones al poco tiempo de su creación, pero a fines de diciembre de 1975 fue declarado ilegal por el gobierno de Isabel Perón.

La historia de Intransigencia y Movilización, una línea interna del Partido Justicialista que participó en la campaña de candidato peronista para 1983 y que desapareció en 1985, también ofrece notas curiosas. Si el Partido Auténtico había reunido a los jóvenes del peronismo revolucionario junto a figuras históricas del movimiento y ex presidentes provinciales (caso de Martínez Baca o Framini), Intransigencia y Movilización logró juntar en 1982 los restos del naufragio de la izquierda peronista bajo la dirección de un viejo cacique de la provincia de Catamarca, de discurso en ocasiones incendiario, pero de fondo bastante conservador, llamado Vicente Leonides Saadi¹⁷.

Intransigencia y Movilización recogía en su programa varias de las propuestas de la izquierda peronista setentista y de la Nueva Izquierda latinoamericana y, si bien Saadi siempre negó estas vinculaciones¹⁸, parece claro que esta línea recibía apoyo (principalmente económico) de los restos de Montoneros. Tras participar activamente (si bien desde una posición periférica de los verdaderos centros de poder justicialista) en la campaña de 1983, siguió viva tras la derrota en las elecciones, pero se fue diluyendo conforme avanzaban los años 80.

3. DEMOCRACIA Y PERONISMO DE *EL AUTÉNTICO A LA VOZ*

Hecha esta pequeña introducción a los dos casos que vamos a tratar, nuestra intención es comparar el pensamiento político de ambas organizaciones a partir de un tema clave: cuál era su opinión sobre el sistema democrático y sobre el resto del movimiento peronista.

En el caso del Partido Auténtico, al formarse precisamente como partido para competir en los comicios, parece en principio obvia su apuesta por la vía electoral y el juego democrático. De hecho, lo confirmaban así:

“La estructura organizativa del Partido Peronista Auténtico se ajusta a la necesidad de participar en el nivel institucional de la actuación política, siendo una herramienta político-electoral condicionada por la legalidad del régimen”¹⁹.

Pero se debe tener en cuenta, tal y como se puede extraer de la cita, que las elecciones y la vía democrática conformaban un paso mediano, una táctica (ni única, ni quizás principal) dentro de su estrategia de cambio revolucionario, que en su perspectiva parece inevitable. Por esa inevitabilidad y por esa fe en el triunfo, si dicha vía electoral se cerrara, no habría problema alguna en apostar por otros métodos para luchar por el poder: “Nosotros en el Partido Peronista Auténtico reiteramos nuestra vocación de participar en el proceso por la vía institucional, pero si ésta se cierra, si se reedita la práctica proscripiva, que permanentemente el peronismo ha sufrido, no se evitará el triunfo popular”²⁰.

No se trataba solamente de una posibilidad teórica, ya que, a la vez que se iba desarrollando este Partido Auténtico y se seguía trabajando desde la legalidad con el afán de congregar a la mayor parte de las bases militantes, Montoneros iba decantándose por una estrategia cada vez más violenta y elitista. Es precisamente en esa segunda mitad de 1975 cuando Montoneros adquiere su personalidad más belicista, lanzando espectaculares ataques armados contra bases de las Fuerzas Armadas²¹.

Dentro de sus obvias contradicciones, esta posición tan ambigua respecto de la democracia y del Partido Justicialista tiene una cierta lógica que entronca con su visión de la historia y la política argentina y que, a grandes rasgos, compartía la totalidad de la izquierda peronista. En su relato de la historia de Argentina desde su fundación se nos aparece como una continua lucha entre el pueblo y el antipueblo, un combate en el que se dirime o la liberación de la nación o la continuación de la dependencia respecto al imperio, sea el inglés o el estadounidense. Así lo contaban: “Desde el nacimiento de la Patria, dos proyectos se han venido enfrentando: nación contra imperialismo, pueblo y antipueblo, Liberación y Dependencia”. Existe un “enfrentamiento permanente entre el imperialismo que quiere instrumentar sus planes de penetración económica, militar, cultural y social,

desarticulando la unidad nacional y la organización popular; y las fuerzas del pueblo que quieren construir su Patria y lograr la felicidad de sus hijos”²².

En esa lucha, el pueblo asumía la forma del peronismo, porque era el movimiento que había logrado encuadrar y dirigir las luchas de la masa obrera, y, cuando éste es traicionado y abandonado tras la muerte de Perón por sus propios dirigentes, el Partido Auténtico, que, según esta interpretación, mantiene un vínculo directo con la figura de Evita, con las luchas de la Resistencia peronista de los 50 y con los movimientos revolucionarios de los 60 y 70, recoge su testigo.

Porque la lucha, entre pueblo y antipueblo, también se desarrollaba dentro del propio movimiento justicialista, al que no le faltaban traidores en sus filas, tal como relataba un importante militante como Dardo Cabo: “Peronismo Auténtico hubo siempre porque siempre hubo falsos peronistas que aparecieron en los momentos de triunfo para usufructuar la lucha del pueblo. Sólo el General impidió –con su arbitraje– que se apoderaran definitivamente del Movimiento...”²³

Ahora sin Perón y con el giro autoritario auspiciado por Isabel y López Rega, la lucha no se puede posponer y se llega al esquema de confrontación del año 1975: “El pueblo todo se va organizando –el Movimiento Peronista Auténtico es un ejemplo– para recuperar sus banderas de lucha y transitar el camino de la liberación. El gobierno, el partido oficialista, la cúpula sindical, la conducción de las Fuerzas Armadas [entre estos antagonistas también incluyen a la llamada “oligarquía vacuna” y a los terratenientes] eligieron el de la dependencia”²⁴.

En la situación límite de fines de 1975, los representantes de la dependencia (a cuya cabeza ya estaban las Fuerzas Armadas) habían optado por solucionar el conflicto por vía de la guerra total, y su violencia justificaba en la interpretación de *El Auténtico* la respuesta del otro bando y la violencia generalizada. Si existiera verdadera democracia, la violencia, según su interpretación, cesaría: “dejad que el pueblo elija a sus verdaderos representantes y entonces, con una política de liberación nacional y social, desaparecerán todas las formas de violencia de arriba y, por lo tanto, también de abajo”²⁵. O como también señalaba

el ex gobernador de la provincia de Buenos Aires Oscar Bidegain²⁶: “La pacificación nacional es deseo de todos, todos queremos que termine la violencia y que reine la concordia. Pero creemos que la violencia se genera por la injusticia (...). Si existiera la participación, que es lo que todos queremos, no habría violencia”²⁷.

Por tanto, según se puede extraer de las páginas de *El Auténtico*, la democracia no tenía legitimidad en sí misma. Era el peronismo, como representante natural y único del pueblo, el que otorgaba la legitimidad al sistema político. De ese modo, siempre que el peronismo (o lo que se consideraba el verdadero peronismo, según el Partido Auténtico) pudiera expresar su proyecto de liberación a través de las urnas, sus resultados serán aceptados, pero siempre en última instancia como “los medios circunstanciales que daban cauce a la legitimidad peronista”. Además, los cargos electos podían ser apartados si el pueblo les retira su confianza y legitimidad (situación que se estaba dando con el gobierno de Isabel: basta decir que esa retirada no necesariamente se debía realizar por los cauces constitucionales). En conclusión, dada la innata mayoría del peronismo, los votos y la legalidad pueden ser una buena vía para alcanzar el objetivo de la liberación y el fin de la lucha entre pueblo y antipueblo; pero no deja de ser una vía más, como declaraba Andrés Framini: “La legalidad es beneficiosa y la queremos. La ilegalidad es un obstáculo pero no es un obstáculo definitivo para lograr los objetivos que perseguimos”²⁸.

¿Qué había cambiado siete años más tarde, de 1975 a 1982 y 1983? ¿Había cambiado la perspectiva de la izquierda peronista acerca de la democracia? La respuesta en realidad, no es fácil, porque las distintas voces ofrecen un coro discordante, lleno de eufemismos y dobles sentidos, entre quienes alaban la democracia como el mejor sistema posible y quienes todavía la observan desde la perspectiva que acabamos de describir.

En las páginas de *La Voz* encontramos palabras como las de Saadi, que prometía el juicio a los militares: “Si queremos construir una democracia estable, duradera y auténtica, los que asesinaron, secuestraron y torturaron y vendieron al país por pedazos deberían ser sometidos con todas las garantías legales, a la justicia de los jueces de la Constitución”²⁹. Y

que defendía que “un gobierno legítimo, representativo de la soberanía popular, no tiene más límites que la Constitución de la Patria a la cual tiene que someterse, y a la ley”³⁰.

Pero en contraste, el esquema histórico de lucha entre pueblo y antipueblo sigue presente en el pensamiento de Intransigencia y Movilización. Según la propuesta y el programa que se lanza en octubre de 1982: “La raíz de nuestros males se encuentra en el enfrentamiento –inconcluso– que recorre la historia nacional desde la proclamación independentista, entre el Pueblo –sujeto de la Nación en construcción– y la oligarquía –soporte del proyecto reaccionario y base de la penetración monopólico-imperialista”³¹.

Se podría pensar que, al ser un texto de comienzo de la campaña, cuando todavía se estaba en el deshielo de la política, tuviera un carácter más anclado en los 70, que se iría suavizando conforme se acercara el día de las elecciones. Pero justo un año más tarde, en octubre de 1983, a pocos días de los comicios, una solicitada de Intransigencia y Movilización afirmaba: “La caracterización y señalamiento de la oligarquía como el enemigo principal a erradicar deviene de la experiencia histórica que nos demuestra que no podemos reiterar el intento de retacear solamente su poder y reducir sus privilegios”. El peronismo debe afrontar “el acto electoral del 30 de octubre como una batalla más en su línea contra la oligarquía, no debe dejarse arrastrar por los cantos de sirena”³².

La democracia, también durante esta transición, es vista por parte de esta agrupación de la izquierda peronista como un medio para un fin último que es la liberación, para el cual las elecciones son una vía válida (ahora quizás la más idónea), pero no la única: “Las herramientas eleccionarias son auxiliares al proyecto global del Movimiento, cuya estrategia es la liberación nacional de nuestra patria”³³. O en otro ejemplo: “No obstante no despreciamos las herramientas de la partidocracia, las implementamos en función del Movimiento de Liberación Nacional que encarnamos”³⁴.

También hallamos, como lo hacíamos antes, una conexión total y natural entre pueblo y peronismo, convertido, sin discusión, en la expresión política del pueblo. Afirmaba Nilda Garré, una de las caras más visibles de la

línea³⁵: “Nosotros creemos que el pueblo sigue reconociendo su identidad política en el movimiento peronista porque es la única posibilidad de cambio profundo del sistema injusto que padecemos en el país, en el mundo y especialmente en Latinoamérica”³⁶.

La democracia, además, no debía circunscribirse al mero hecho de votar, sino que el pueblo debía ejercer su control permanente mediante la movilización, con el fin de garantizar así el objetivo de la liberación: “El voto de hoy será una de las formas de elegir en ese destino [de lucha del pueblo]. Pero además, la movilización popular deberá garantizar el cumplimiento de las banderas para que, entonces, sí, funcione la democracia y se asegure el objetivo final”³⁷.

CONCLUSIÓN

Los siete años de dictadura no pasaron en balde y marcó a fuego la conciencia de los argentinos. Por supuesto, también de los militantes de la izquierda peronista, que con el renacer de la democracia y la experiencia de la derrota de su proyecto debieron repensar sus posiciones. Hemos visto que la interpretación de la historia argentina como una antigua y continua lucha entre el pueblo y la oligarquía se mantiene, tamizado con elogios a la democracia, también en 1983; así como esa creencia en la legitimidad mediata del sistema democrático.

Pero más allá de ese discurso, su participación no exclusivista y de acuerdo a las reglas democráticas en el seno del Partido Justicialista y, sobre todo, un total abandono de cualquier reivindicación y apoyo a la lucha armada, hablan claramente de que se había producido una evidente evolución en el pensamiento de esta rama de la izquierda peronista.

Por supuesto, un cambio que no resultó suficiente para ganarse la confianza de una sociedad todavía recelosa del pasado violento vinculado a esta corriente. La izquierda peronista, como hemos visto, junto con el resto del Partido Justicialista, se presentó a las elecciones de 1983 argumentando que el clivaje fundamental de la campaña se encontraba, como en 1973, entre liberación o dependencia. Sin embargo, ahora la preocupación fundamental pasaba ante todo por el binomio democracia/autoritarismo,

como bien intuyó Raúl Alfonsín que se llevó finalmente la victoria. Tras 1983, la sorprendente derrota en las urnas abre un periodo oscuro para la izquierda peronista, así como para el peronismo en general, que quedan sumidos en una profunda crisis de identidad. Por primera vez se había roto esa especie de ley incuestionable que decía que el pueblo votaba automáticamente al peronismo. No sólo eso se rompió a partir de 1983: a partir de entonces la democracia sigue viva como el sistema más legítimo. La sociedad en la que se había desarrollado históricamente el peronismo, había también cambiado con el desmantelamiento de gran parte del tejido industrial y con el paulatino cambio de rol por parte del Estado. Vinieron junto a esos cambios tiempos de debates y de divisiones, discusiones que replantearon las visiones que se han comentado aquí, que es una de las primeras etapas de un camino que, en cierto modo, nos conduce hasta hoy.

NOTAS

¹ De hecho, si la guerra de Malvinas termina en junio de 1982, las elecciones no llegarían hasta más de un año después.

² Quiroga, Hugo, *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires, Legasa, 2005, 28

³ Por supuesto, el debate sobre los éxitos del reciente periodo democrático debe ir más allá de la cuestión de la mera supervivencia del sistema. Una democracia que ha soportado la crisis hiperinflacionaria de 1989, el estilo decisionista de Menem, un aumento sensible de la pobreza provocado por las políticas neoliberales y la inestabilidad del periodo 2001-2002 es obvio que es una democracia con graves lagunas.

⁴ 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976.

⁵ Principalmente, 1943-1945, 1966-1973 y 1973-1976.

⁶ Éste es el enfoque que aparece en obras clásicas sobre el tema como O'Donnell, Guillermo; Schmitter, Philip y Whitehead, Lawrence (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario 2. América Latina*. Barcelona, Paidós, 1994.

⁷ La izquierda peronista se englobaría así en el conjunto de la llamada Nueva Izquierda, cuyas características relata Eduardo Rey Tristán: “En la década de los sesenta se desarrolló en el mundo occidental una corriente política conocida como Nueva Izquierda, caracterizada principalmente por su búsqueda de una transformación radical de la sociedad y su oposición a la izquierda tradicional establecida, especialmente a los partidos comunistas. En América Latina esta corriente tuvo una originalidad y unas características propias, debido principalmente a la fuerte influencia ejercida por la Revolución Cubana”. Cit. en Rey Tristán,

Eduardo, *La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973. ¿Tiempo de lucha tiempo de elecciones?*. Sevilla, Universidad de Sevilla, CSIC, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 2006, 21.

⁸ Hasta 1983 el justicialismo nunca había sido derrotado en elecciones libres y abiertas. La victoria de la UCR de Raúl Alfonsín rompió así el mito de la invencibilidad y de la mayoría natural del peronismo, sumiendo a este partido en una grave crisis de identidad.

⁹ Sobre los orígenes católicos de Montoneros, además del clásico de Richard Gillespie (vid. Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Montoneros*. Buenos Aires, Grijalbo, 1988) ver también Lanusse, Lucas, *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires, Vergara, 2005.

¹⁰ En ese sentido es ya clásica la diferencia reflejada por Gillespie (op. cit.) entre los movimientistas (Montoneros), que concebían el movimiento justicialista como un todo revolucionario y los llamados alternativistas (grupos de FAP, Peronismo de Base) que abogaban por posiciones más clasistas y más independientes del liderazgo de Perón.

¹¹ Desde su exilio en Madrid, Perón utilizó una estrategia de frenos y contrapesos entre las distintas líneas y familias enfrentadas en el seno del justicialismo, como forma de mantener su propio poder y ascendencia sobre todo el movimiento. Así, si una de las corrientes crecía hasta el punto de conformar un desafío para Perón, éste comenzaba a apoyar a los enemigos de esa línea para contrarrestar su poder. Entre otros factores, ese juego explica los altibajos que sufrió la izquierda peronista desde su formación.

¹² Entre ellos destacan principalmente la influencia de la Revolución Cubana y la radicalización de los sectores católicos potenciada por el Concilio Vaticano II y la Teología de la Liberación.

¹³ Diversos episodios jalonan ese distanciamiento y ese aumento de la violencia entre los sectores peronistas: la llamada masacre de Ezeiza, el desplazamiento de Cámpora y de los presidentes de provincia más izquierdistas, el asesinato de Rucci, el discurso del 1 de mayo de 1974, la creación de la Triple A,...

¹⁴ El comunicado emitido por Montoneros decía: “Considerando que todos estos hechos [de represión] configuran una desvirtuación total de la voluntad popular expresada el 11 de marzo y el 23 de septiembre de 1973 [fechas de las elecciones], ponen de manifiesto que este gobierno ha dejado de ser peronista y representativo y dejan en claro que su objetivo es la destrucción de quienes mantienen su lealtad a los intereses históricos del Movimiento Peronista”, resolvían “volcar todas sus fuerzas para encabezar la Resistencia Popular contra la ofensiva imperialista y oligarca que ha logrado copar las posiciones claves del gobierno poniendo a éste al servicio de sus intereses” y “reasumir las formas armadas de lucha, las que junto con todas las otras formas (...) constituyen la guerra popular integral, que impulsaremos hasta que se modifiquen las

circunstancias enumeradas anteriormente”. Cit. en Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1973-1976, vol.II. De la ruptura al golpe*. La Plata, De la campana, 1999, 239-240.

¹⁵ Tal como explica Anzorena: “Este curioso hecho señala un marcado desprecio por la vida de sus activistas de base que quedaban expuestos a la acción represiva sin previo aviso y es indicativo del centralismo político y verticalismo ejercido por dicha dirección”, Anzorena, Oscar, *Tiempo de violencia y utopía*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998, 307.

¹⁶ Según el comunicado emitido por la Agrupación Peronismo Auténtico en febrero de 1975 se justificaba así la aparición de este partido: “Los peronistas tenemos ya claro que la actual estructura partidaria ha traicionado los objetivos para la que fue creada, es decir, impulsar, sostener y defender las banderas revolucionarias del peronismo, pues se encuentra copada por sectores que niegan la práctica de un pueblo por su liberación. Surge entonces como desafío y como tarea la organización del Auténtico Partido Peronista que responda a la voluntad de las bases y se entronque con sus treinta años de historia”. Citado en Baschetti, Roberto, *Documentos*, op. cit., 474.

¹⁷ Saadi se puede considerar el prototipo de caudillo provincial en Argentina. Como un Perón a escala pequeña, si bien contactó con Montoneros y lideró esta línea de izquierda peronista, fue también una de las figuras principales de la conservadora ortodoxia justicialista en los años 80 y no dudó en aliarse con Herminio Iglesias.

¹⁸ Saadi afirmaba que “Esta corriente sólo recibe el apoyo del pueblo argentino” o “desafiamos a encontrar en una sola afirmación programática o doctrinaria de la Agrupación que integramos la más mínima desviación de la doctrina y los objetivos que nos fijara el general Perón” (*La Voz*, 4 de noviembre de 1982, 3). Incluso llegaba a negar la existencia de una izquierda peronista como tal: “es bien conocido que esta división en izquierda y derecha es un cuento y un motejamiento que hacen las oligarquías y los servicios de información” (*La Voz*, 2 de mayo de 1983, 5).

¹⁹ Zavala Rodríguez, Miguel, “El papel del partido en el movimiento”. *El Auténtico*, nº4, 29 de octubre de 1975, 6

²⁰ Ibid.

²¹ Como explica Oscar Anzorena: “En este año [1975] realizan más de quinientas acciones militares en todo el país, algunas de gran magnitud: secuestro y ejecución del cónsul de los Estados Unidos en Córdoba, ataque con granadas al Batallón de Infantería de Marina nº3 de Ensenada, asesinato del teniente general Horacio Colombo, explosivo en el despacho del contraalmirante Rocatagliatta en la sede del Comando General de la Armada, voladura de la pista de aterrizaje del aeropuerto de San Miguel de Tucumán en el momento de despegue de un avión Hércules C-130 que transporta fuerzas antiguerrilleras (...),

atentado contra la fragata misilística Santísima Trinidad en un cinematográfico operativo de hombres rana, asalto al R-29 de Formosa,...”, Anzorena, Oscar, *Tiempos de violencia*, op. cit., 329

²² “El documento completo del Consejo Superior: Emprendemos la histórica transformación del Movimiento”, *El Auténtico*, nº2, 1 de octubre de 1975, 5

²³ Cabo, Dardo, “Quien quiera paz que dé justicia”, *El Auténtico*, nº2, 1 de octubre de 1975, 4

²⁴ “Proyecto represivo del oficialismo y de la cúpula militar para acentuar la dependencia. La respuesta popular”, *El Auténtico*, nº2, 1 de octubre de 1975, 1

²⁵ “Propuesta del régimen: la represión. Propuesta del pueblo: que se vayan, elegimos la liberación”, *El Auténtico*, nº3, 14 de octubre de 1975, 8

²⁶ Si bien en ningún modo Oscar Bidegain formaba parte de Montoneros, su figura sí estaba vinculada con los sectores de la izquierda peronista y del progresismo. Fue desplazado de la gobernación de Buenos Aires por el propio Perón después de que el ERP, el grupo guerrillero de inspiración marxista, atacara la guarnición militar de Azul.

²⁷ “Frente al periodismo, nuestro Consejo Superior se refirió al futuro del peronismo”, *El Auténtico*, nº2, 1 de octubre de 1975, 6

²⁸ Ibid.

²⁹ *La Voz*, 25 de enero de 1983, 6

³⁰ *La Voz*, 2 de mayo de 1983, 5

³¹ *La Voz*, 9 de octubre de 1982, 4

³² *La Voz*, 8 de octubre de 1983, 5

³³ *La Voz*, 15 de mayo de 1983, 6

³⁴ Ibid.

³⁵ Nilda Garré es la ministra de defensa de los gabinetes de Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

³⁶ *La Voz*, 27 de julio de 1983, 16

³⁷ *La Voz*, 30 de octubre de 1983, contraportada